

¿En Francia se empujaba á la guerra resueltamente ó se quería representar pura y simplemente la parte contraria de la que se habían encargado Alemania, Austria y Prusia?

Se ha acusado á los girondinos de haber sido los verdaderos promovedores de la guerra, y en efecto los girondinos la creyeron siempre inevitable. Comprendían que Europa tardaría en declarársela á Francia lo que á sus intereses conviniera, y no creían prudente esperar arma al brazo con gran peligro de su hacienda que iban conllevando de un lado los asignados y del otro la venta de bienes nacionales. Como los jacobinos y Robespierre á su frente estaban contra la guerra, por lo mismo que continuaban creyendo que sólo podían favorecer á la monarquía, la actitud de los girondinos marchando compactos á la guerra les hace verdaderamente autores de ella. Hemos dicho que los girondinos marchaban compactos para significar desde luego que los jacobinos, lo mismo que los feullants, se dividían en esta cuestión. Jefe del partido de la guerra entre los feullants lo era el mismo Lafayette quien la quería sólo porque la juzgaba inevitable, y no admitía que el extranjero pudiera ni debiera intervenir para nada en los asuntos de Francia, como creían ya que era inevitable, seducidos por la reina, Dupont, Lamet y Barnave.

«Una mujer de una alta inteligencia, de un gran talento literario y de una alma ardiente y generosa secundó enérgicamente á Lafayette. Era la hija del antiguo ministro Necker, casada con el embajador de Suecia, la señora de Staël. Muy opuesta á la política del rey que representaba su marido, sus sentimientos liberales la habían unido al partido de los antiguos constituyentes, con una tinte un poco más monárquica, y desempeñaba entre los feullants el mismo papel que la de Roland entre los republicanos. También ella se había formado en la escuela de Rousseau. Buena, leal, apasionada como la de Roland, pero menos capaz que ésta de mandar sus pasiones, pero siempre juntando á ellas sentimientos nobles y desinteresados, se había prendado de un joven señor amigo de Lafayette, Narbonne, bravo, agudo, decididor y ligero, á quien elevó por un momento por encima de él mismo esa mujer que tan superior le era. Pensó en hacer de él un héroe, y no le hizo mas que ministro de la guerra.»

Tal es la relación que da E. Martín de la entrada de Narbonne en el ministerio de la guerra.

Narbonne era partidario de la guerra y esto le dió desde luego gran importancia, pues sobre poder contar con los girondinos, es decir, con los hom-

bres más elocuentes de la Asamblea, podía también contar con grandes simpatías en los jacobinos lo mismo que en los feullants. Narbonne fué, pues, quien hubo de aconsejar al rey lo que debía decirse al insolente elector de Treveris, y esta era la gran ocasión para Narbonne quien no la dejó escapar con gran beneficio de Luís XVI que por este lado se proponía recuperar lo que había perdido con haber puesto sus vetos á las dos leyes antes citadas.

Narbonne hizo decir al rey «que le había hecho decir al elector de Treveris que, si antes del 15 de Enero no había disuelto los grupos de emigrados que consentía en sus Estados, le tendría por enemigo de Francia, y que igual declaración hacía por adelantado á quienquiera que guardara tal actitud, pero que confiaba que el emperador ni en sus Estados propios, ni en los de sus vasallos lo consentiría. Empero tenía que declarar que si sus advertencias no eran escuchadas no le quedaría más recurso que proponer la guerra. El rey termina con una elocuente manifestación de sus sentimientos de adhesión á la Constitución y á la Asamblea. En medio de los aplausos con que se acogieron las palabras del rey, Narbonne declaró que iban á marchar á la frontera tres ejércitos mandados respectivamente por Rochambeau, Lafayette y Lückner, viejo general alemán, quien después de haber combatido á Francia durante la guerra de los siete años había pasado al servicio de Francia.

Todo, pues, empujaba fuertemente á la guerra, y nunca ésta está tan próxima como cuando se principian á reunir fuerzas por sí acaso. Así no es de extrañar que la cuestión de la paz y de la guerra se discutiera con la mayor vehemencia en los clubs y particularmente en los Jacobinos en donde Robespierre continuaba haciendo todo lo posible para contener el movimiento, secundado por Desmoulins y Marat quienes en sus diarios sostenían la tesis de Robespierre que la guerra sólo podía convenir á la contrarrevolución. Así se hizo preciso ir á atacar á Robespierre en el seno de la Asamblea y de esta ardua tarea se encargó Brissot. La lucha fué tenaz, ruda, los dos grandes adversarios se maltrataron, tanto que los jacobinos les impusieron una pública reconciliación obligándoles á abrazarse, pero las heridas que estos dos hombres se hicieron en estos días, sólo la muerte las cicatrizó, que el tiempo que aún tenían de vida era demasiado corto para alcanzarlo.

Los jacobinos habían acabado por declararse por la guerra y en los Feullants después del paso que se había dado en la Cámara por los suyos se conside-

aban todos comprometidos, pero los antiguos constituyentes estudiaban la manera de desandar lo andado. Digamos, por último, que el alcalde de París, Petión, se había declarado por la guerra. Danton se había reservado su opinión. El gran atleta, el verdadero rival de Mirabeau buscaba ya su ocasión.

Ahora bien; cuando ya la guerra parecía inminente es cuando se le ocurre al emperador salir al amparo de los señores alemanes de Alsacia que no querían ser indemnizados por sus derechos feudales sino conservar éstos á pesar de la Constitución francesa. Esto era lo que se llama una querrela de alemán, pues ¿cómo había de consentir Francia en que en una de sus provincias continuara el feudalismo cuando lo había abolido en todo el reino y esto por medio de su gran revolución? ¿Qué iba á contestar la Asamblea á la carta en que el emperador hacía tan insensata reclamación?

Por de pronto la contestación fué la gran recepción que se hizo en París á Lafayette el mismo día al atravesarla para ir á tomar el mando del cuerpo de tropas que se le había confiado. La contestación clara y terminante la dió la Asamblea el día 29 de Diciembre, y fué Condorcet quien la inspiró. Esta era una clara declaración de guerra para el caso de que no se diera satisfacción á Francia. Y esta satisfacción no tardó en dársela, pues á la vez que los tres generales se disponían á atacar el imperio por Lieja, Treveris y Coblenz, la Asamblea votó al ministro de la guerra veinte millones que pidió para hacerla, y á la amenaza que hizo el emperador de declarar la guerra si se pasaba á vías de hecho contra el elector de Treveris, replicó la Asamblea el día 31 de Diciembre de 1791, dando orden de avanzar, y al día siguiente, esto es, el 1.º de Enero de 1792, la Asamblea votó por unanimidad la proposición que se le hizo para que se declarase á los hermanos del rey, al príncipe de Condé, Calonne y otros reos de alta traición y fueran entregados á los tribunales. Esta enérgica y resuelta actitud impuso al elector de Treveris quien obedeciendo por otra parte á la orden terminante del emperador dada por bajo cuerda, mandó que se dispersasen los emigrados que había en sus Estados.

«El elector de Treveris,—dice Sybel,—se espantó de verdad y ordenó á los emigrados que se dispersasen por completo. Pero los Estados del electorado que deseaban por sobre de todo la guerra, hicieron reclamaciones fuera de su tono acostumbrado y habitual sumisión, lo que disgustó al elector llenándole de inquietud. Hasta entonces, todo había sido ruido y alegría en Coblenz; los franceses rei-

naban como señores en casa del tío de sus príncipes; las fiestas, los duelos, las revistas, las intrigas amorosas se sucedían sin descanso. Desde este momento todos sus placeres debían cesar; á lo sumo si se podía continuar aguzando las espadas en algunos pueblos, á espaldas de sus magistrados municipales. Calonne, el ministro de la emigración, se irritó contra el emperador y contra Luís XVI; pues éste convencido de que la actitud de los emigrados no podía serle más que perjudicial, había hecho dar á todas las Cortes, por Breteuil, el antiguo antagonista de Calonne, instrucciones conformes á la orden del emperador. Leopoldo hizo cuanto pudo para mantener á la reina por este camino; pintábele con los más terribles colores los horrores de la guerra que encendería la alianza de las potencias con los emigrados, la dificultad de vencer á una nación unida para su propia defensa, la imposibilidad después de la victoria, de asentar un orden de cosas durable sobre ruinas y cadáveres.» «El restablecimiento del antiguo régimen,—le decía,—es una cosa imposible de ejecutar, inconciliable por otra parte con la prosperidad de Francia. La destrucción de las bases esenciales de la Constitución sería incompatible con el espíritu actual de la nación, y nos expondría á las mayores desgracias. Unir esta situación con los principios fundamentales de la monarquía, es el sólo fin al cual se pueda racionalmente atender.»

De modo que Leopoldo II tenía de la situación interior de Francia una idea tan clara y tan justa, en medio de las terribles angustias que había de sentir á la sazón por la suerte de su hermana, como no la hayan tenido jamás los historiadores enemigos de la revolución, quienes creen hoy como en aquellos días, que Francia se dejó imponer por unos cuantos hombres audaces y capaces de la audacia que Danton les recomendaba.

Dieron los hechos razón al emperador. No se quiso transigir y se perdió todo. ¿De quién, pues, la responsabilidad de todos los crímenes que manchan la grandiosa historia de la revolución francesa que hemos de considerar como una revolución de la humanidad, como la revolución del antiguo mundo?

Dejando estas consideraciones á un lado y volviendo á los sucesos de la época que nos ocupa, lo cierto y positivo era que el emperador que tan bravo y amenazador se había presentado, retiraba sus atrevimientos; que el elector de Treveris que se había propuesto desafiar por sí solo á la revolución y á Francia, corrido y temeroso se apresuraba á obedecer las órdenes del emperador.

Brissot, pues, había triunfado. En efecto, éste le

había dicho á Robespierre que el emperador no haría la guerra si ellos se mostraban decididos, y la guerra no se hacía. Los brisotinos, pues, habían anulado á Robespierre. La Gironda á la que se habían unido Roland y su mujer y los brisotinos, hé aquí quienes eran los que ahora iban á dirigir la marcha de la revolución.

Comprendían los girondinos de sobras esta responsabilidad, y nosotros volvemos gustosos á Sybel que con gran lealtad confiesa que «de no avanzar la Gironda debía temer el quedar aislada.» Esto es lo que francamente expuso Isnard á la Asamblea el 5 de Enero: «No se trata para nosotros,—dijo,—ni de la restauración del antiguo régimen ni del establecimiento de la república, pues los mismos partidarios de esta restauración conocen su imposibilidad, y los republicanos son tan pocos que apenas forman un partido. Pero en frente de verdaderos patriotas, de ardientes amigos de la libertad y de la igualdad, se levanta la masa de los moderados, que aman la Constitución, sin duda, pero que á todo

prefieren su bienestar. El tema de la anarquía les aleja de los verdaderos patriotas y los arroja en brazos de los falsos moderados, los más peligrosos de todos, de los ricos, de los egoístas, de los enemigos de la igualdad. Nosotros, pues, combatimos por la salvación ó por la ruína de la igualdad.»

«Robespierre y Marat, los gorros de lana y los piqueros, no hubieran podido usar un lenguaje más enérgico y más claro. No era la Constitución la que estaba amenazada en sus principios fundamentales, era el poder del populacho y de sus jefes lo que corría peligro. Para escapar á ese inminente peligro, la Gironda se declaró por la guerra, es decir, por un mal mucho mayor, aún cuando más lejano. Ningún hombre de inteligencia podía disimular el que la revolución acabaría si las potencias se decidían á dar grandes golpes; pero los enemigos estaban aún lejos; un vasto campo se abría aún á las eventualidades, y si las potencias perdían aún algunos meses por consecuencia de sus habituales vacilaciones, la guerra sólo podía ser funesta para la corona de Francia.»



ISNARD



CAPITULO XIV

LA GUERRA

Si la paz estaba asegurada.—Entusiasmo por la guerra: Narbonne.—Política girondina.—Situación del partido republicano.—Sieyes republicano.—Declaraciones de Isnard.—El 14 de Enero de 1792: proposición de Gensonné: declárase de hecho la guerra.—Preparativos militares.—Exígesse una reparación para 1.º de Marzo.—Qué hacía en tanto el emperador Leopoldo.—La reacción religiosa en provincias: los marseleses.—Barbaroux en París.—Expedición de los marseleses á Arles.—Desarme de un regimiento suizo: situación de los ministros franceses.—Composición interior del gobierno.—Conspiración del gobierno: plan de Barnave y Lameth.—Trámase á espaldas de Narbonne.—Plan de Lafayette.—Opónese María Antonieta al plan de Lafayette y Narbonne.—Resentimiento de Lafayette: se une á los girondinos.—Atacan los girondinos al gobierno.—Errado juicio de Sybel.—Narbonne entabla la acción diplomática: Biron y Tayllerand.—Manda la reina sus embajadores.—Ambiguas contestaciones de Inglaterra.—Pitt partidario de la no intervención.—Doblez de la reina.—Cómo burlaba los proyectos de Duport, Barnave y Lameth.—Dirígense estos al emperador.—Los desautoriza la reina.—Quiere ésta que el emperador obre directamente.—Resultado del complot real.—Tratado de alianza entre Austria y Prusia de 7 de Febrero de 1792.—Envían una nota al gobierno francés.—Comunicase á la Asamblea.—Fracasa el plan del ministerio.—Declara la Asamblea que quiere contestarla por sí.—Decídese la corte á destituir á Narbonne para dar el golpe de Estado.—Molleville promueve la crisis.—Descubre Narbonne la intención y se niega á dar su dimisión.—Manda para que le apoyen por los tres generales.—Declara el 6 de Marzo en su nombre á la Asamblea que nunca consentirán la intervención de los extranjeros.—Actitud provocativa de los tres generales.—Indignación del rey.—Destituye á Narbonne: 9 de Marzo de 1792.—Enérgica actitud de los feullants.—Brisot sostenido por Vergniaud piden que se declare en estado de acusación á Delessart.—La corte se declara vencida.—Muerte del emperador Leopoldo: 1.º de Marzo.—Triunfo de los girondinos: ministerio girondino.—Dumouriez, Roland y Claviere ministros.—Dumouriez hace traición á sus colegas.—Sus inteligencias con la reina.—Dumouriez quiere la guerra.—Complacencias de la corte con los nuevos ministros.—Recelos de la señora de Roland.—La reina trasmite los secretos del gobierno y los planes militares al rey de Austria y al conde Mercy gobernador de Bélgica.—Suscita el nuevo rey de Austria Francisco II la cuestión de los señores de Alsacia.—Sus amenazas.—Dumouriez prepara la guerra.—Declaración solemne de guerra: 20 de Abril de 1792.—Abrese la campaña.—Exito desgraciado en todas partes.—Asesinato del general francés Dillon por sus tropas amotinadas.—Si hubo traición.—Montmorin revela á los austriacos los movimientos de Lafayette para que le den un buen golpe.—El gobierno oculto.—Retírase el ministro de la guerra á consecuencia de los descalabros sufridos por el gobierno.—Denuncia Carra como instrumento de la reacción á Montmorin y Delessart.—Servan ministro de la guerra.—Únese con Roland y Claviere.—Apresura la Asamblea la guerra: ¿por qué?—Renuévase la persecución del clero refractario.—Licénciase la guardia real.—Declárase procesado á su comandante.—Procura la corte mantener á sus órdenes mediante el pago de los sueldos, el cuerpo de guardias.—Proyecta Servan constituir un ejército para seguridad del gobierno.—Su plan.—El 14 de Julio de 1792.—Opónense los feullants á Servan.—Robespierre se opone también á que los federados vayan aquel año á París.—Reconoce el rey su sanción: 1.º de Junio.—Nueva entrada de las tropas francesas en Bélgica.—Luckner tiene que retroceder por no apoyarle Lafayette.—Decide la de Roland á los ministros republicanos á romper con el rey.—Atacan los ministros á Dumouriez: irritación de éste.—Piden la destitución de Dumouriez.—Carta al rey de los ministros: la de Roland.—Exasperación de los reyes.—Dumouriez se decide á dar el golpe de Estado: Dumouriez y la reina.—Pacto entre Dumouriez y los reyes.—Caída de los girondinos.—Asombro de la Asamblea.—La Asamblea recibe mal á Dumouriez.—Resuelve éste conquistar la Asamblea con medidas liberales.—Cómo fué burlado por los reyes.—Dimisión y retirada de Dumouriez: el 15 de Junio.—Recobra Dumouriez con este acto su prestigio.

HABÍASE evitado la guerra cuando los fusiles parecía que ya se habían cargado para la primera batalla, ¿pero la paz estaba asegurada?

Narbonne había marchado á la frontera cuando la guerra parecía inminente, y á su regreso, el día 11 de Enero de 1792 hizo una tan entusiasta descripción del estado del ejército y entusiasmo por